

EL GENIO DE LA LIBERTAD.

PERIÓDICO DE LA TARDE.

Saldrá todos los dias excepto los domingos en que con fundamento se crea no haya de regresar de Barcelona el paquete vapor ó buque correo, y en otro caso cesará los sábados.

Se suscribe en la librería de PEDRO JOSÉ GELABERT, plaza de Cort, á 10 reales vellón mensuales en esta isla, y 12 fuera de ella franco de porte.

MAÑANA.—*Santa Clara virgen y fundadora.*

EL SOL..... { Sale..... á las 5 y 8 minutos.
Pónese.. á las 6 y 52 minutos.

ESPAÑA.

MADRID 29 de julio.

Nuestro corresponsal de Gibraltar nos habla de los obsequios que recibe de las autoridades y personas notables nuestro amigo político don Ignacio Gurrea, y nos remite para su insercion la siguiente carta que á su arribo á aquella plaza dirigió al gefe político de Cádiz para explicar su salida de España.

Gibraltar 29 de junio.

Sr gefe político de Cádiz.

Muy señor mio: conforme á la órden que de usted recibí el dia 23 del actual, el 24 me trasladé á Puerto Real, donde debia residir, cuando con gran sorpresa mia, el 25 por la noche, me ví preso otra vez, anunciándome este hecho que las tropelías conmigo cometidas no habian terminado todavia. ¡Y que grandes han sido las tropelías que en el espacio de mes y medio he tenido que sufrir! El 15 de mayo fui violentamente espulsado de Logroño, pero en el concepto de que iba á residir á Bilbao. En Bilbao supe que el gefe político de Logroño habia determinado que se me embarcase para Ultramar. Las personas mas notables de Bilbao representaron á S. M. en mi favor y en favor de mis compañeros de destierro pero todo fué en vano. El gobierno mandó que se nos embarcase para Cádiz, desde donde debíamos ser deportados; no porque hubiésemos delinquido, sino porque no podia desairar la determinación del gefe político de Logroño. Me condujeron por lo tanto desde Bilbao á Tolosa y San Sebastian (pero cómo me condujeron? Como se conduce á un facineroso condenado por los tribunales, y para que á la sin razon acompañase la barbarie y el escarnio, reinando Isabel II, se me hizo pasar por el mismo sitio donde mi padre selló con su vida el juramento de defender á Isabel II y luego se me tuvo un dia entero embarcado al pié mismo del sepulcro de mi padre, sin duda para que yo pudiese contemplarlo con detencion. ¡Y por qué tengo rigoi? Los mismos ministros han declarado que de nada se me acusaba y que la determinacion de deportarme era tan solo una medida de precaucion.

El 23 llegamos á Cádiz y Vd. nos anunció que el gobierno habia desistido de la idea de deportarnos y que debíamos residir en esa provincia. El gobierno al fin habia oido la razon y separado de mis compañeros pasé á Puerto Real, donde con arreglo á lo que Vd. me habia manifestado creí poder vivir tranquilo; pero bien pronto salí de mi error. A las 24 horas de mi llegada á dicho punto, es decir á las 11 de la noche del 25, se presentó en mi casa el comisario de policia de Cádiz con algunos guardias civiles y me dijo que venia á prenderme de órden de Vd. y que á las cinco de la mañana marcharíamos por el vapor á esa plaza. Yo manifesté que debia haber alguna mala inteligencia, puesto que no hacia 48 horas que usted habia dicho que podia vivir tranquilo en Puerto Real; pero el comisario repuso que creia habia Vd. recibido nuevas órdenes del gobierno y que por lo demas á él se le habia mandado que no me perdiese de vista y que tenia que colocar un centinela en el patio, á la vista de mi cuarto. Hizo lo así, se despidió de mí hasta las cinco de la madrugada y yo quedé indignado al ver que se cometia con amigo otro nuevo atentado. Indignado

sí, señor gefe político pero no abatido; y esto fué lo que me salvó. Indignado al considerarme de nuevo en manos de quien condena á los hombres tan solo porque profesan creencias políticas opuestas á las suyas. Es decir, que en la España constitucional ya no se puede ni pensar. Además, he nacido con un corazon tan libre que no me es dado someterme humildemente á que el gefe político de Logroño, por todo tribunal, tenga facultades para condenarme nada menos que á la deportacion.

Entro en estas consideraciones, no porque yo crea que para Vd. sean de interés, sino es para que comprendiendo cuales son mis sentimientos y cual fué mi indignacion al verme preso segunda vez, comprenda Vd. tambien que desde luego formé la resolucion de eludir á todo trance las precauciones de una autoridad tan previsora. Así es que en vano buscará Vd. cómplices en mi evasion. No ha habido mas que dos agentes; mi voluntad decidida y mi serenidad que no me abandonó un momento. Con ella supe burlar la vigilancia y aprovechar un descuido del centinela; á la media hora ya navegaba para puerto de salvacion.

No concluiré sin manifestar á Vd. que estoy agradecido á la afabilidad con que nos recibió el dia que llegamos á Cádiz; aun diré mas, crec que tuvo Vd. una satisfaccion al anunciarnos que el gobierno habia desistido de depnnernos por lo tanto creo tambien que el nuevo mandato de prision lanzado contra mí no fué obra de Vd. y que tan solo cumplia órdenes superiores.

Con este motivo se ofrecé su atento servidor

Ignacio Gurrea.

(Clamor Público.)

BARCELONA 4º de agosto.

NUEVAS REFLEXIONES ACERCA EL ESTADO ACTUAL DE ESPAÑA.

Todos conocemos los males que afligen á la desgraciada España, nadie ignora la causa que los produce; pocos dejan de conocer el origen de nuestras desgracias. Recopilense los periódicos de la capital y provincias del reino que sin miras interesadas, pintan cada dia la situacion de España; examínense detenidamente algunos actos del gobierno: véase la conducta de algunos de sus delegados, hágase un parangon entre el mezquino sueldo de muchos de ellos y la opulencia en medio de la cual viven, estúdiense el interés que tiene cada individuo en particular de los que viven á espensas de la nacion, y se verá quienes pueden sostener los abusos que tal vez el gobierno ignora. De este modo se comprenderá como un gobierno tiene sus adeptos, sus apologistas. Qué extraño, pues, que en los gobiernos representativos se formen cada dia nuevos partidos, nuevas fracciones? Además, poco debemos pararnos por mas que se diga en las mayorías que sostienen á un gobierno constituido. Por otra parte, las mayorías se componen de los parientes y amigos de los paniaguados, de aquellos que temen los cambios é innovaciones de personas y de otros que á pesar de ser indiferentes se les considera indebidamente como pertenecientes á la mayoría que se forma, no obstante sufrir callando los funestos efectos de una desastrosa administracion. Cuan fácil será, pues, á un gobierno constituido, presentarse como apoyándose en una mayoría compacta, sostenido por el voto casi unánime, como dicen de

la nacion, cuando por el contrario nada es tan débil como esas mayorías adquiridas casi en su totalidad por artimañas ú otros medios que todos sabemos y que han sido denunciados en pleno parlamento ante las mismas córtes. Pero, ¿qué les sucede á estos gobiernos, apoyados en tan débiles cimientos? que al menor soplo, el mas leve descuido, desaparecen de la escena, llevándose la execracion hasta de aquellos mismos que les sostenian. Es tan cierto lo que acabamos de decir, que sin mentar los muchos ejemplos que pudiéramos referir reciente se halla uno que bastará por todos los demas. El gobierno de Luis Felipe se creia generalmente apoyado por la mayoría de la Francia, por la gente mas sensata, por los hombres de valor y por mas de medio millon de bayonets. Con todo, las demasias de aquel gobierno los enormes impuestos que pesaban sobre los habitantes de la Francia, iban minando los grados de un trono erigido por la nacion para el bienestar de aquel gran pueblo, hasta que el menor desequilibrio, la menor causa derribó el trono que bamboleaba y que perdiendo prestigio cada dia por sus actos, elogiados solo por una prensa mercenaria, desapareció de improviso del mundo político, el monarca ciudadano, yendo á tierras extrañas á mendigar el asilo que su patria misma le negaba. Esta leccion terrible si bien que desgraciada, deberia ser un aviso bien significativo para aquellos que colocados en el poder, abusan de su posicion, comprometiendo el sagrado depósito que les está confiado.

Nosotros que jamás hemos comido á costa de ningún partido, que vivimos en una posicion independiente ajena de sugestiones de toda clase, que no abrigamos encono alguno personal lamentamos mas que otro y siempre con mayor sinceridad, los actos poco meditados de los gobiernos, porque tarde ó temprano han de traer funestas consecuencias, que de todo corazon quisieramos impedir á nuestra desgraciada patria.

(Barcelones.)

Variedades.

Del estornudo.—En El Granadino del 24 leemos el siguiente curioso artículo.

Uno de nuestros apreciales suscritores nos pregunta cual ha podido ser el origen del saluado que se acostumbra entre nosotros al estornudar; Dios te ayude, Jesus etc.

La contestación á esta pregunta es el asunto del presente artículo.

Algunos criticos, y entre ellos el jesuita Famiiano Strada y el docto Sigonius, han pretendido que en la epidemia que asoló la Italia en 591, el estornudo era sintoma infalible de muerte, y que el papa Gregorio I mandó ciertas invocaciones en el acto de espirar, y entre ellos la de Jesus Maria y José; Dios te asista, etc.

Esta opinion carece de fundamento. El saluado de que se trata es una costumbre que ha llegado á nosotros desde la antigüedad mas remota, y se halla establecida en diferentes paises del antiguo y nuevo continente, como diremos ahoru.

Se lee en la Mitologia, que Prometeo animó la estatua de barro que habia fabricado, aplicándole á la nariz un rayo de sol, el cual le

produjo un estornudo, que fué su primera señal de vida.

Toda la antigüedad le ha considerado como signo de presagio, ya prospero ya adverso. Homero y Teótrico, pretenden que, cuando viene el estornudo, del lado izquierdo es funesto, y feliz cuando del derecho.

Vemos en la *Olisea*, que al dar Telémaco á su madre la noticia de que acababa de llegar un extranjero con nuevas de Ulises, estornudó con tal fuerza, que se estremeció el palacio. Penelope consideró este suceso como un presagio favorable y mandó que el extranjero llegara á su presencia.

Xenofonte refiere en el libro tercero de la expedición de *Ciro*, que estando arregando este príncipe á sus tropas, estornudó un soldado y esto se consideró como presagio de la victoria.

Plutarco hace mención de un hecho semejante. Antes de la batalla de Salamina dice, al ofrecer Temistocles un sacrificio á los dioses, estornudó del lado del feliz augurio uno de los concurrentes, y habiéndolo observado el Suno Sacerdote, predijo en el acto la victoria.

El mismo Plutarco en su tratado del Demonio de Sócrates, pone en boca de Tespeyon las observaciones que se consideraban seguras en su tiempo acerca de las señas del estornudo para emprender, suspender ó desistir de una obra.

Esta superstición estuvo muy extendida en Roma, y los emperadores participaban de las ideas del vulgo, dando ellos el saludo de Jupiter á los reyes y exigiéndolo de sus subditos; pero los hombres ilustrados pensaban de otro modo, como puede verse en Ciceron De divinatione, en Séneca y en los poetas cómicos.

Fácil sería multiplicar los ejemplos de esta creencia, la cual recibía muchas veces una interpretación favorable. Así, para elogiar la hermosura de una joven, se decía que las gracias habían estornudado al tiempo de su nacimiento, metáfora que contiene la significación de las opiniones antiguas sobre este fenómeno.

Las creencias religiosas de cada pueblo han prestado su influjo á la interpretación del estornudo. En Siam, se dice, que cuando el juez de los infernos lee el libro que contiene los hechos de la vida de cada individuo, estornuda al contemplar alguna de sus acciones, y que de ahí ha venido la costumbre de desear una feliz y larga vida cuando alguno estornuda.

Un autor moderno nos refiere en la historia de Abisinia que habiendo estornudado el emperador de Monomotapa, se hicieron aclamaciones en todos sus estados por la salud del soberano.

La misma costumbre encontraron los españoles cuando conquistaron América. Al estornudar el cacique Guadaja en presencia del general Soto, todos los indios de su comitiva se inclinaron respetuosamente y pidieron al sol, protegiese á su monarca, iluminándole con sus más brillantes rayos.

Vemos pues, que esta costumbre se halla establecida entre los antiguos y los modernos, entre blancos y negros, en una palabra, entre los habitantes de todo el globo. ¿De donde, pues, ha podido tener su origen en naciones tan remotas y de tan diferentes creencias? Esto es lo que se ignora, y lo que hace ya muchos siglos que hombres célebres han tratado de investigar. Plinio dijo: «Cur ir steru tamen saluamur?»

No pretendemos resolver una cuestión por tantos siglos indecisa; pero observamos que la alegoría de Prometeo, las ideas emitidas en el vasto imperio de los Incas y la opinión del mismo Hipócrates, y de sus sucesores, prueban el conocimiento que se ha tenido de la importancia del estornudo, de su mecanismo y de su producción por los rayos solares.

En efecto, la impresión de una luz viva en los órganos de la vista, causa mas irritación simpática en la pituitaria, que produce la espiración convulsiva, conocida con el nombre de estornudo.

La contracción del diafragma que entonces se verifica, hace arrojar con mas ó menos violencia, el aire contenido en los pulmones y con él las mucosidades morbosas que suelen tapizar

los bronquios y pueden causar la sofocación. Por eso en muchas asfixias el uso de los esternutatorios ha sido suficiente para restablecer la vida. Es de buen agüero el estornudo en las enfermedades graves porque anuncia que la membrana pituitaria ha recobrado la sensibilidad que le es natural, y que habia perdido, de resultas de la influencia de la lesión principal sobre todos los tegicos orgánicos.

De lo referido se infiere que las opiniones de los antiguos con respecto al bien ó al mal que puede producir el estornudo, estaban fundadas en la experiencia, y que llegaron á conocer no solo el mecanismo, sino tambien la importancia de este fenómeno.

Su exámen nos ha sugerido las anteriores observaciones. BONIFACIO MARTINEZ.

(Clamor.)

Palma 11 de agosto.

Con el último viaje del Languedoc llegó á Palma el erúdito y bien conocido escritor parisiense Mr. H. Feuilleret. Tenemos una satisfacción de que el célebre autor de la *apología de Cervantes*, que tantos elogios se merece, quiera pasar una temporada en Mallorca, ocupándose de escribir algo de la isla, y en particular del famoso Lulio, de quien ya ha impreso una hermosa memoria.

REVISTA DE PERIODICOS.

El *Bulear* inserta una comunicación de Ciudadela diciéndose en ella que despues de haber permanecido allí algunos dias el Escmo. Sr. Capitan general inspeccionando los ensayos y asistiendo á los reconocimientos del terreno para plantear la línea telegráfica salió para Mahon muy satisfecho de aquellos: que va concluyéndose la trilla siendo medianas las cosechas, inspirando algun temor la vendimia á causa de la estación tan seca y calorosa: que en la catedral se ha cantado un *Te-Deum* por haberse restablecido completamente la buena armonía entre nuestra corte y la de Roma.

Despues da cuenta nuestro colega de la llegada á este puerto del vapor *Leon* regresando de Menorca, habiendo venido en él el Escmo. Sr. Capitan general, Sr. Gefe político y demas funcionarios y personas que le acompañaban.

El mismo periódico recomienda las conas de hierro que ha inventado y construido el maestro herrero Andres Parietti que vive en la calle del Mar, las que dice son cómodas, de poco peso y baratas.

El *Diario* nada publica en la parte editorial.

El intendente militar del distrito de la capitania general de Aragón.

Hace saber: Que debiendo contratarse el servicio de la hospitalidad militar de esta plaza, por término de 5 ó 4 años ó mas si convinieren las proposiciones del licitador, á contar desde el día 1º de enero de 1849, con sujeción al pliego de condiciones que estará de manifiesto en la secretaría de esta intendencia, y con arreglo á las formalidades establecidas en la real orden de 26 de diciembre de 1846; he dispuesto se convoque por medio de este anuncio á una pública y formal licitación, que tendrá lugar ante el juzgado de dicha intendencia, el día treinta y uno de agosto próximo, á las doce en punto de su mañana, en que concluye el término para la admisión de proposiciones.

En su consecuencia, las personas que quieran interesarse en este servicio podrán remitirme en pliego cerrado y sellado con un sobre interior que indique el objeto del contenido, las proposiciones en que fijen clara y terminantemente los precios en que se convienen á encar-

garse de aquel servicio, en el concepto que han de ser suscritas tambien y abonadas por persona ó personas, que á juicio de este juzgado, sean de conocido arraigo y responsabilidad suficiente, que en caso de duda podrá apreciarse y hacerse constar por los recibos de contribuciones corrientes satisfechas que garanticen la ejecución de aquel en los términos propuestos, siendo preferida la que resulte mas ventajosa y aceptable en la licitación, á que de hecho quedarán sujetos entre sí, el autor ó autores de la proposición mas beneficiosa, caso de ser ésta, dos ó mas las iguales, con la de la mas inmediata. Si viendo á todos ellos de gobierno que el remate no puede causar efecto si no obtiene la aprobación de S. M., que asimismo no se admitirá para este acto proposición que carezca de los requisitos que se exigen, ni se presente despues de la hora anunciada, y para que puedan considerarse válidas y legales las admitidas, se requiere que el licitador que las suscriba haya de estar presente ó legalmente representado en el acto de la licitación para que pueda prestar las aclaraciones que se necesiten y en su caso aceptar y firmar el acta del remate. Zaragoza 24 de julio de 1848.—Pedro de San Martín.—El oficial 6º de administración encargado de la secretaría, Julian de Echenique.

Boletín de Comercio.

EMBARCACIONES FONDEADAS DIA 10.

De Barcelona en 2 dias land Concepcion, de 40 ton., su patron D. Ildefonso Rodriguez, con lastre y 7 marineros.

De Mahon en 1 dia bergantín Fenix, de 450 ton., su capitán D. Agustin Sora, con azucar y 20 mrs.

De id. vapor de guerra español Leon, al mando del capitán de fragata D. Manuel Sevilla.

Idem despachadas.

Para Ciudadela jabeque Caballo, de 50 ton., su capitán D. Juan Fornaris, con lastre, 5 marineros y 2 pasaj.

Para Oran land Carmen, de 20 ton., su patron D. Sebastian Llull, con acéite, efectos y 8 marineros.

Para Cádiz místico S. José, de 49 ton., su patron D. Lorenzo Mas, con aguardiente, efectos, 9 marineros y 4 pasaj.

Avisos particulares.

El día primero de los corrientes se ha dado principio en Ciudadela de la isla de Menorca, á la publicación de un periódico de literatura intitulado *El Isleño*, cuyo principal redactor es D. Francisco Carrió y Lopez, sugeto bien conocido en esta capital desde que en ella se representó el drama *Juan Odon Colom* ó el Levantamiento de los comuneros de Mallorca. Al señor Carrió se han asociado como á colaboradores del *Isleño* varios literatos de esta ciudad y de otros puntos del continente, cuyo mérito es bastante conocido en la república de las letras.



Manuel Rousset, relojero, que trabajaba en el establecimiento de la plaza de Cort ofrece su nueva tienda sita en el Borne n.º 54 á sus parroquianos y demas que le favorezcan utilizándose de sus servicios, que los prestará con el esmero que tiene acreditado y ademas con la puntualidad y mayor baratura posible.



Se vende una casa nueva del modo como está dividida en la actualidad, que tiene la entrada y zaguan bajo el n.º 7 de la manz.ª 128 calle de San Miguel y su frontis principal mira á la de la cofradía de san Miguel y consiste en dos botigas y entresuelos números 25 26 y 27 y la parte del n.º 7 en zaguan, agua de pozo y fuente, dos cuádras, entresuelos y dos pisos con sus porches y terrados. Se venderá toda unida ó en porciones segun se convenga.



El laud español nombrado el Rayo su patron Rafael Lloimpart saldrá de este puerto para el de Barcelona, con la correspondencia del servicio nacional y público el miércoles 16 del corriente; admite carga y pasajeros. Para su ajuste se avistarán con dicho patron que vive en la calle dels Llumis.



Se desea adquirir en establecimiento un predio en la parte de la montaña, dando de diez á doce mil libras de entrada, y lo demas hasta su censo redimible. En esta imprenta darán razon.

PALMA:

IMPRENTA DE PEDRO JOSÉ GELABERT,
EDITOR RESPONSABLE

Todo París se ocupaba de los acontecimientos que acababan de tener lugar. Emmanuel y su mujer se los re-
ataban con una sorpresa muy natural, dentro su pequeño

LA MARCHA.

XV.

hecho demasiado.
--No, contestó Monte-Cristo, y quiera Dios que no haya
Morrel.

--No tiene usted nada mas que hacer aquí? preguntó
dejamos París.

Prepárese, Maximiliano, le dijo sonriendo, mañana
por Dios para entrar otra vez en su tumba.

lencioso como una sombra que espera el momento fijado
rel, que se paseaba errante por los campos Eliseos, si-

Al entrar en su casa, Monte-Cristo encontró a Mor-
--Oh! basta, basta; digo, salvemos el último.

hecho.
mera vez de que tuviese el derecho de hacer lo que había
le cayesen encima, se lanzó a la calle, dudando por pri-

Y como si hubiese temido que las paredes de la casa
--Oh! esclamo, es loco!

Monte-Cristo retrocedió aterrorizado.
buscar hasta el día del juicio.

--Oh! yo lo encontraré, dijo; bien puede usted preten-
der que no está, yo lo encontraré, aunque tuviese que

oído lo que le decía.
Vilfort lo interrumpió; ni había escuchado ni había

perdido un hijo; pero....
--Cavallero, le dijo con tono casi humilde, usted ha

Monte-Cristo se acercó a él, y con voz baja:
--Y cavaba mas lejos.

--No es todavía aquí, decía, no es todavía aquí.
rabia.

don en la mano, cavando la tierra con una especie de
haciendo círculo a su alrededor, a Vilfort, con un aza-
bacia el sitio designado y vió, en medio de sus criados

Monte-Cristo bajó la escalera del jardín, se adelantó
DE MONTE-CRISTO.

con triste sonrisa; soy suyo por un mes todavía.

--Oh! Dios mío! y como dice esto, señor conde!

--Maximiliano me acompaña, dijo el conde con su per-
suasiva afabilidad, tranquilíscense pues sobre la suerte de
su hermano.

--Adios, hermana! repitió Morrel; adios, Emmanuel!

--Me lastima el corazon con su dejadez, dijo Julia.

--Oh! Maximiliano, Maximiliano, tú nos escondes al-
guna cosa.

--Bah! dijo Monte-Cristo, le verán ustedes volver ale-
gre, risueño y contento.

Maximiliano hechó a Monte-Cristo una mirada casi
desdeñosa, casi irritada.

--Vámonos! dijo el conde.

--Antes de marcharse, señor conde, dijo Julia, me per-
mite usted que le diga todo lo que el otro día....

--Señora, replicó el conde tomándole las dos manos,
todo lo que usted me diría no valdrá nunca lo que yo estoy
leyendo en sus ojos, lo que su corazon ha pensado, lo que
el mío ha experimentado. Como los bienhechores de novelas
debía haber marchado sin ver a usted otra vez; pero esta
virtud era superior a mis fuerzas, porque yo soy un hom-
bre débil y vanidoso, porque la mirada llorosa, tierna y
alegre de mis semejantes me hace mucho bien. Ahora me
marcho, y llevo el egoísmo hasta decirles: no me olviden
amigos, probablemente no me volverán a ver nunca mas.

--No volverlo a ver mas! exclamó Emmanuel, entretanto
que dos gruesas lágrimas rodaban sobre las mejillas de
Julia, no volverle a ver mas? no es un hombre pues, es
un Dios que nos deja y que vuelve a subir al cielo después
de haberse demostrado sobre la tierra para hacer el bien!

--No diga esto, repuso vivamente Monte-Cristo, no digan
nunca esto amigos; los dioses no hacen nunca mal,
los dioses se detienen donde quieren detenerse, el acaso
no es mas fuerte que ellos, y ellos son al contrario, que
dominan el acaso. No, yo soy un hombre, Emanuel, y
su admiracion es tan injusta como sacrílegas son sus pa-
labras.

Y llevando a sus labios la mano de Julia que se pre-
cipitó en sus brazos, tendió la otra mano a Emanuel; des-

El muchacho dormía sin duda.

El infeliz padre tuvo un rapto de contento inesplica-
ble, un rayo de pura luz bajó en aquel infierno donde
batallaba sumergido.

No se trataba sino de pasar por encima del cadáver,
entrar en el retrete, tomar el muchacho en sus brazos y
huir con él, lejos, muy lejos.

Vilfort no era ya aquel hombre cuya esquisita cor-
rupcion hacia el tipo del hombre civilizado: era un tigre
herido mortalmente que deja sus dientes rotos en su úl-
tima herida.

Ya no hacia caso de las preocupaciones, pero sí tem-
mia las fantasmas. Se abalanzó y saltó por encima del
cadáver como si se hubiese tratado de saltar un fuego de-
vorador.

Tomó a su hijo en sus brazos, lo estrechó contra su
pecho, lo sacudió, lo llamó; el muchacho no contestó. Pegó
sus ávidos labios en sus mejillas, éstas estaban pálidas
y frias; palpó sus tiezos miembros; apoyó su mano sobre
su corazon, pero no palpitaba.

El muchacho había muerto.

Un papel doblado en cuatro se desprendió del pecho de
Eduardo.

Aterrado Vilfort, se dejó caer sobre sus rodillas; el
muchacho se desprendió de sus brazos y fué a rodar al la-
do de su madre.

Vilfort recogió el papel, conoció la letra de su mu-
ger y lo leyó con avidez.

El papel decía:

«Usted sabe si era buena madre, puesto que es para
favorecer a mi hijo que me hice criminal.»

«Una buena madre no se marcha sin su hijo.»

Vilfort no podía creer con lo que veía; Vilfort no
podía dar crédito a su razon. Se arrastró hacia el cuerpo
de Eduardo, que examinó otra vez con la atencion minu-
ciosa que emplea la leona en contemplar a su leoncillo
muerto.

Después un grito desgarrador salió de su pecho:

«Dios!!... exclamó, siempre Dios!!...»

Estas dos víctimas lo espantaban, sentía que se apo-

El criado sin contestarle estendió la mano hacia el jardín.
--¿Dónde está Mr. de Vilfort? preguntó.

en la escalera:
Después levantándose, salió, y encontrando un criado

al lado de su madre, con la cabeza sobre su pecho.

Puso una rodilla a tierra y lo depositó religiosamente
remedio ni socorro había podido volver a la vida.

Llevaba en sus brazos al muchacho a quien ningún
y tan noble estaban transformadas por el dolor.

faceones de aquel semblante ordinariamente tan tranquilo
Pálido, los ojos fijos, el pecho oprimido, todas las

pareció.
Valentina volvió a abrirse, y el conde de Monte-Cristo

Un cuarto de hora después, la puerta del aposento de
risa prolongada y se precipitó hacia la escalera.

Entonces arrojó un gran grito acompañado de una
tuviese cumplido el espantoso trastorno de la razon.

Esta inmovilidad duró algunos minutos, hasta que es-
su cráneo e inundaron su cerebro de un diluvio de fuego.

que fueron a levantar la bóveda demasiado estrecha de
las venas de sus sienes se incharon de espíritus ardientes

dualmente en ella hasta que la sangre tirió sus uñas,
corbados sobre la carne de su pecho se introdujeron gra-

ron hasta el punto de romper sus órbitas, sus dedos en-
de un sueño, sintió clavarse sus pies, sus ojos se dilata-

Y quiso seguir a Monte-Cristo; pero, como en medio
hijo! oh! maldición! desgracia! muerte sobre tí!

«Hijo mío! gritó Vilfort; se lleva el cadáver de mi
de Valentina cuya puerta cerró con doble vuelta de llave.

ojos, le tocó el pulso, y se lanzó con él en el aposento
se precipitó sobre el cuerpo del muchacho, le abrió los

Con un sentimiento de angustia inesplicable, el conde
«Dios esta por mí y conmigo.»

Al aspecto de aquel espantoso cuadro, Monte-Cristo
pallidicó; entonces conoció que había traspasado los lí-

Al aspecto de aquel espantoso cuadro, Monte-Cristo
mundo Dantes, queda satisfecha tu venganza!....»

«Mira! Edmundo Dantes, dijo enseñando al conde el
rey, y presintiendo alguna nueva catástrofe.»

153

DE MONTE-CRISTO.

El abate se arrancó su falsa tonsura, sacudió la cabeza, y sus largos cabellos negros, cesando de estar comprimidos, cayeron sobre sus espaldas y adornaron su varonil semblante.

—Es la cara del conde de Monte-Cristo, exclamó Villefort con los ojos distraídos.

—No es esto todavía, señor procurador del rey, busque mejor y mas lejos.

—Esta voz!... esta voz!... donde la he oído por la primera vez?

—La oyó usted por primera vez en Marsella, cumplieron ahora veinte y cuatro años, el día de su matrimonio con la señorita de San Meran. Busque en sus papeles.

—No es usted Busoni? no es usted Monte-Cristo? Dios mío! será usted ese enemigo oculto, implacable, mortal! He hecho contra usted alguna cosa en Marsella, Oh! desgraciado de mí!

—Sí, tienes razón, esto es, dijo el conde cruzando los brazos sobre su ancho pecho; buscal! busca!

—Pero, que te he hecho? gritó Villefort, cuyo espíritu fluctuaba ya en el límite en que se confunden la razón y la demencia en la niebla que no es el sueño y que todavía no es el despertamiento; qué te he hecho? Me condenastes á una muerte lenta y asquerosa, matastes á mi padre, me quitastes el amor con la libertad, y la fortuna con el amor!

—Quién eres?... quien eres pues? Dios mío!

—Soy el espectro de un desgraciado que usted sepultó en los calabozos del castillo de If. A este espectro salido por fin de su tumba Dios puso la máscara del conde de Monte-Cristo y lo ha cubierto de oro y de diamantes para que no lo reconociese usted hasta hoy.

—Ah!... te reconozco, te reconozco! dijo el procurador del rey; tu eres...
—Soy Edmundo Dantés!

—Tu eres Edmundo Dantés? exclamó el procurador del rey agarrando al conde por la muñeca; entonces veni! Y se lo llevó por la escalera. Monte-Cristo asombrado lo seguía ignorando adonde lo conducía el procurador del

deraba de él el horror de aquella soledad poblada de dos cadáveres.

Hacia poco que lo sostenia la rabia, esta inmensa facultad de los hombres fuertes, por la desesperacion esta suprema virtud de la agonía que impulsaba los Titanes á escalar el cielo, Ajar á enseñar el puño á los dioses.

Villefort inclinó la cabeza bajo el peso de los dolores, se levantó sobre sus rodillas, sacudió los cabellos empapados de sudor, herizados de espanto, y el que nunca se habia apiadado de nadie, fué en busca de su anciano padre, para en su debilidad tener alguno á quien contar su desgracia alguno al lado del cual pudiese llorar.

Bajó la escalera que ya conocemos y entró en el cuarto de Noirtier.

Cuando Villefort entró, parecia que Noirtier estaba escuchando con tanta atencion y afecto como se lo permitia su inmovilidad, al abate Busoni, siempre tan impassible y tan frio como de costumbre.

Al ver al abate, Villefort llevó la mano á su frente. Lo pasado se le reprodujo como una de aquellas olas cuya cólera produce mas espuma que las otras olas.

Se acordó de las visitas que habia hecho al abate al día siguiente al de la comida de Anteuil y de la visita del abate el día de la muerte de Valentina.

—Usted aquí, señor abate! dijo; pero usted no se demuestra nunca sino para escoltar la muerte?

Busoni levantó la cabeza; al contemplar la alteracion del semblante del magistrado, el feroz resplandor de sus ojos, comprendió ó creyó comprender que la escena del tribunal estaba concluida: ignoraba lo demas.

—Vine para orar sobre el cuerpo, de su hija, contestó Busoni.

—Y ahora para que ha venido?

—Vengo para decirle que usted tambien me ha pagado su deuda; y que á partir de este momento voy á rogar á Dios que se contente como yo.

—Dios mío! hizo Villefort retrocediendo, con el asombro en el semblante, esta voz, no es la voz del abate Busoni!

—No.

156

EL CONDE

salon de la calle Meslay; comparaban las tres categorías, tan repentinas como inesperadas de Morcerf, de Danglars y de Villefort.

Maximiliano, que habia ido á hacerles una visita, los escuchaba, ó mas bien asistia á su conversacion, sumergido en su habitual insensibilidad.

—A la verdad, decía Julia, no dirán, Emanuel, que toda esa gente tan rica, tan dichosa ayer, en el cálculo sobre el cual habian establecido su fortuna, su felicidad y su consideracion, olvidaron la parte del mal genio, y que han dejado de convidar á algunas nupcias ó á algun bautismo, ha aparecido de repente para vengarse de este fatal olvido.

—Cuantos desastres! decía Emanuel, pensando con Morcerf y Danglars.

—Valentina, que por instinto de muger no queria nombrar delante de su hermano.

—Si es Dios que los ha herido, decía Emanuel, es que Dios, que es la suprema bondad nada ha hallado en la vida pasada de esta gente que mereciese el perdón del castigo, es que esta gente estaba maldecida.

—No eres demasiado temerario en tu juicio, Emanuel? dijo Julia. Cuando mi padre, con la pistola en la mano, estaba pronto á matarse, si alguno hubiese dicho como tu lo dices ahora: Este hombre ha merecido su castigo, ese alguno no se hubiere equivocado?

—Sí, pero Dios no permitió que nuestro padre sucumbiese, como no permitió á Abraham que sacrificase á su hijo; al patriarca como á nosotros envió un angel que cortó á medio camino las alas de la muerte.

Acababa á penas de pronunciar estas palabras cuando el ruido de la campana resonó en el salon.

Era la señal dada por el conserje para indicar que una visita se presentaba.

Casi en el mismo acto la puerta del salon se abrió y el conde de Monte-Cristo apareció en el dinel.

Fué un doble grito de alegría de parte de los dos jóvenes.

Maximiliano levantó la cabeza y la dejó caer otra vez.

—Maximiliano, dijo el conde sin demostrar haber notado las diferentes impresiones que su presencia producía en aquella familia, vengo á buscarlo.

—A buscarme? dijo Morrel como despertando de un sueño.

—Sí, contestó Monte-Cristo, no quedamos convenidos que usted viene conmigo, y no le previne ayer que estuviere preparado?

—Aquí estoy, dijo Maximiliano, habia venido para despedirme.

—Y donde va usted, señor conde? preguntó Julia.

—A Marsella primero, señora.

—A Marsella! repitieron juntos los dos jóvenes.

—Sí, y les privo de su hermano.

—Ah! señor conde, señor conde, devuelvanoslo curadol!

Morrel volvió la cara al otro lado para ocultar un vivo encarnado.

—Han reparado pues que estaba malo? dijo el conde.

—Sí, contestó la jóven, y temo que no se fastidie con nosotros.

—Yo lo distraeré, dijo el conde.

—Estoy pronto, dijo Maximiliano. Adios, mis buenos y queridos amigos, adios, Emanuel, adios, Julia!

—Comol! Adios? gritó Julia; te marchas así de repente, sin preparaciones, sin pasaporte?

—Los retardos son siempre los que redoblan los pesares de las separaciones, dijo Monte-Cristo, y Maximiliano, estoy seguro, se habrá procurado todo lo necesario; yo se lo habia recomendado.

—Tengo mi pasaporte, y mi equipage está listo, dijo Morrel con su monótona tranquilidad.

—Muy bien, dijo Monte-Cristo sonriendo, en esto se conoce la puntualidad de un buen soldado.

—Y nos deja usted de este modo? dijo Julia, en este momento; no nos concede ni un día, ni una hora?

—Mi calea está en la calle, señora; y es preciso que dentro cinco días esté en Roma.

—Pero Maximiliano no va á Roma! dijo Emanuel.

—Voy á donde querrá el conde que vaya, dijo Morrel